



que el interesado pudiera ubicar a la fotografía dentro de un contexto y una propuesta visual propia.

El primer capítulo, “Méxicos imaginarios de la década de 1950”, aborda la visión del mundo indígena en la lente fotográfica de el siglo xx. Desde 1946 se rastrean las huellas de lo indígena en este periodo, para entender lo que Ruth Lechuga cambió de esa imagen, apartando lo folclórico y lo etnográfico y asumiendo una mirada más cercana a la de Bernice Kolko o Nacho López. Las fotografías de Ruth Lechuga sobre el mundo indígena cobran así una distinta dimensión, son, si podemos decirlo, explicables o revalorables desde la óptica social e histórica. El capítulo II, “Orígenes de una mirada”, es la búsqueda de una pasión, las razones personales que llevaron a la autora a interesarse por el mundo indígena, sus viajes al interior de la república y el comprender el despertar de la sensibilidad de una emigrada judía hacia un mundo nuevo que encontró en México; la entrevista y colaboración de la artista cobran importancia en este capítulo. Por último el capítulo III, “La fotografía”, es un recuento final, pues resume las fuentes en que abrevó Ruth Lechuga para su formación, tanto estética como técnica, que culminó con su primera exposición individual en febrero de 1964, realizada en la sala de exposiciones de la Escuela Nacional de Artes Plásticas.

La reciente exposición —que se conoció como *Ruth Lechuga, peregrina del arte popular*— es en cierta manera un homenaje a Ruth, ya que desde 1990 no ha vuelto a fotografiar. Sin embargo, como se señala en el libro, “sus sensibles imágenes siguen siendo el espejo de un mundo interior, que se muestra afable, inquisitivo, intimista, lúdico cuando se debe y hasta maravillado ante un universo ahora revuelto”. Pero sobre todo es, a mi juicio, una de las mejores miradas al mundo indígena.

Arturo Aguilar Ochoa

México: un siglo en imágenes (1900-2000), México, Archivo General de la Nación-Secretaría de Gobernación, 1999, 311 pp.

Sin duda el libro *México: Un siglo en imágenes (1900-2000)* participa en el esfuerzo que desde hace muchos años están realizando varias instituciones públicas y privadas para brindarnos un conocimiento más profundo de nuestro pasado. En este caso, Aurelio de los Reyes se dio a la tarea de revisar las 14 colecciones fotográficas que resguarda el Centro de Información Gráfica del Archivo General de la Nación. Pero, ¿cómo seleccionar entre seis millones de imágenes aquellas que representen los momentos más importantes del devenir histórico del país? El propio investigador responde en la introducción del tomo: “Para el libro no hubo guión ni texto preestablecidos; se procedió a revisar imágenes de los diversos fondos, dándoles sentido a éstas con una estructura

mínima basada en diversos rubros para tener continuidad. A veces importaban los hechos, otras veces la expresividad de las imágenes o su calidad, para implícitamente dar un proceso de la fotografía informativa [...]. A veces se buscaron fotografías de determinados hechos o personajes que se consideraron debían ir, pero por desgracia los fondos iconográficos del AGN carecen de ellos”.

Esto último es muy cierto. A pesar de contar con fondos importantes —como son Propiedad Artística e Intelectual, Hermanos Mayo, Enrique Díaz y la Crónica presidencial— es notoria la ausencia de imágenes significativas: no hay registro minucioso de la vida en provincia ni del desarrollo de la televisión y el auge de cine en los setenta; o el levantamiento armado en Chiapas de 1994. Para completar el sexenio de Ernesto Zedillo Ponce de León, que no concluía aún en el momento que editaron el libro, la investigación iconográfica se apoyó en material de los diarios *La Jornada* y *Excélsior*.

Precisamente la figura presidencial es uno de los íconos con mayor peso en el libro; esto se debe a la gran cantidad de material que proviene del fondo Presidentes. Que el poder político usara a la fotografía para consolidar su dominación fue una práctica que se inició con Maximiliano y Carlota, pero adquirió dimensiones masivas con Porfirio Díaz. Incluso éste aprovechó muy bien la llegada del cinematógrafo Lumière a la Ciudad de México en 1896, pues en el ocaso de su dictadura aparece en “vistas” que luego se copiaron y se distribuyeron por el mundo. Este éxito sólo fue superado por Francisco I. Madero, como lo apunta Aurelio de los Reyes.

En este mismo fondo Presidentes destaca el archivo personal que donó Emilio Portes Gil, quien ocupó por breve lapso la presidencia. Es notorio el interés que tuvo el ex presidente para guardar una memoria visual de su campaña antialcohólica que se llevó a cabo el 20 de noviembre de 1929. Al parecer Portes Gil encargó, a través de la Secretaría de Educación Pública, que se contrataran a fotógrafos locales para registrar esta actividad oficial en todos los estados de la República. Sus razones eran políticas: tenía la necesidad de afirmar su autoridad frente al poder *de facto* que en aquel momento ejercía el llamado Jefe Máximo de la Revolución, Plutarco Elías Calles.

Las 538 fotografías de *México: un siglo en imágenes* fueron ordenadas por décadas, una virtud que nos permite revisar de un sólo tirón sexenios muy diferentes. Cada capítulo está integrado por los siguientes temas: Política, Ciudad de México, Estados de la república, Actividades económicas, Educación, Cultura y Tradición, Sociedad y, en algunos casos, Movimientos sociales. A pesar de las omisiones citadas, este libro es un valioso instrumento para conocer y reconocernos en el México profundo.

Raúl Barreiro